

*Este relato ha sido enviado por cuatro hermanos residentes en Madrid. Su padre, gran aficionado a la historia, investigó durante muchos años la participación de sus antepasados en diversos acontecimientos históricos. Sobre la base de los datos obtenidos, redactó un conjunto de narraciones que describen como su familia estuvo involucrada en buena parte de los hechos políticos y campañas militares de la Guerra de la Independencia.*

*El grado de parentesco entre los protagonistas de las narraciones y los hermanos que las han remitido aparecen mediante notas a pie de página distribuidas a lo largo del texto, igualmente figuran la bibliografía y las referencias de los diferentes archivos consultados.*

## **Miguel de Santillana en la retirada del duque de Alburquerque**

Miguel de Santillana<sup>1</sup> estuvo vinculado al ejército de Extremadura desde el comienzo de la Guerra de la Independencia. Esta vinculación tuvo su inicio cuando la Junta Suprema de Extremadura le nombró capitán del batallón de ingenieros que fue organizado para la lucha contra los franceses. Luego, como ya se ha visto, participó en el asedio de los fuertes de Elvas, en la batalla de Gamonal, en la batalla de Talavera y en la defensa del Tajo en la zona de Almaraz<sup>2</sup>. Ahora, en los primeros días de enero de 1810 es capitán de ingenieros, graduado de teniente coronel, y se encuentra acampado, junto al resto del ejército, entre Mérida y Don Benito. El duque de Alburquerque es el comandante en jefe de esta unidad militar.

Los poderosos ejércitos españoles levantados con gran esfuerzo por la Junta Central de Sevilla fueron derrotados en las batallas de Ocaña y Alba de Tormes en el mes de noviembre de 1809. La pérdida de cuarenta mil hombres y ciento cincuenta cañones en esos combates ha dejado sumamente debilitado al ejército español.

Por otra parte, Napoleón Bonaparte ha enviado poderosos refuerzos desde Alemania. Los Pirineos son cruzados por 90.000 hombres que, rápidamente, se integran en las filas del ejército afrancesado. En este contexto, el estado mayor del rey José estudia una nueva ofensiva que ponga fin a esta sangrienta guerra. Ante varias propuestas, se eligió un plan diseñado por el mariscal Soult consistente en que una fuerza de 60.000 hombres conquistara las provincias andaluzas.

El dominio de Andalucía se mostraba tentador para José I puesto que aquella región era la más grande, rica y poblada de España y, además, en ella se encontraba Sevilla que era la capital de la Junta Central.

El plan de conquista consistía en que un cuerpo de ejército a las órdenes del mariscal Victor, dotado con 20.000 hombres, atacara Córdoba partiendo de Almacén, mientras que 40.000 hombres bajo las órdenes de Mortier, Sebastiani y el propio rey José ocuparan Despeñaperros y se internaran en Andalucía. Frente a este importante despliegue, la Junta Central solamente contaba con el ejército de La

---

<sup>1</sup> Abuelo sexto.

<sup>2</sup> Expediente de Miguel de Santillana. Legajo S-1726. Archivo General Militar de Segovia.

Mancha del general Areizaga, unos 19.000 hombres, entre la Carolina y Montizón, los 4.500 hombres de las divisiones de Copons y Zerain en la zona de Almadén y, mucho más al oeste, concretamente en Mérida y Don Benito, el ejército de Extremadura, integrado por 8.000 hombres. En total, las fuerzas españolas se componían de unos 30.000 hombres que debían cubrir un frente de unos 300 kilómetros.

Conforme a lo establecido, el proyecto se puso en marcha el 12 de enero al iniciar la marcha el cuerpo del mariscal Victor sobre Almadén y Córdoba. Por su parte, las tropas de Mortier y Sebastiani avanzaron algunos días más tarde hacia Despeñaperros con la vista puesta en Jaén, Granada y Málaga.

El primer y débil obstáculo que se encontró Victor en su incursión fueron 1.500 hombres que defendían Almadén a las órdenes del general Zerain. A la vista de la enorme superioridad numérica del enemigo, el general español solicitó ayuda al ejército de Extremadura. Así, envió varios mensajeros el día 13 de enero que debían viajar velozmente para hacer saber la situación al duque de Alburquerque.

Inmediatamente, Miguel de Santillana y sus compañeros del ejército extremeño iniciaron la marcha hacia la zona de combate, trasladándose al municipio de Campanario. Por desgracia, en esa localidad se tuvo conocimiento de que los franceses habían ocupado Almadén y de que las fuerzas enemigas tenían por objetivo avanzar hasta Sevilla, que en ese momento era la sede de la Junta Central que regía los destinos de España. A la vista de lo anterior, el duque de Alburquerque decidió interponerse en su camino y defender aquella ciudad. Previamente, envió a Badajoz 4.000 hombres, con los generales Contreras y Menacho, para fortalecer su exigua guarnición. A continuación, dirigió su artillería, con parte de su caballería, hacia Sevilla, por el camino real que cruza Los Santos de Maimona y Santa Olalla, mientras que el resto de sus unidades tomaron el camino de la capital hispalense por un camino más complicado pero directo, a través de Zalamea de la Serena, Maguilla, Guadalcanal y El Pedroso.

El 18 de enero llegaron a ese último municipio y allí recibieron requerimientos desesperados del ministerio de la Guerra para que llegaran a Sevilla de manera inmediata. En cumplimiento de esta orden, cruzaron el río Guadalquivir mediante barcas en Cantillana. Allí se conocieron nuevas órdenes del ministerio, diferentes de las anteriores, que pedían a Alburquerque que avanzará sobre Córdoba. Pero como esa ciudad estaba a punto de caer en manos del enemigo, el jefe del ejército de Extremadura decidió reunirse con su artillería y esperar en Brenes.

Mientras el ejército de Extremadura se acercaba a la zona invadida, los ataques de los franceses consiguieron desbaratar totalmente a las escasas fuerzas de Areizaga, que se dispersaron, en buena parte, por la sierra. De esta forma, Mortier ocupó los desfiladeros de Despeñaperros el 20 de enero y Sebastini entró en Jaén el 23, derrotando a los últimos regimientos operativos del ejército de La Mancha. Por su parte, el cuerpo de ejército de Victor continuó su imparable avance sobre Sevilla, conquistando Córdoba en la jornada siguiente.

Conocedor de las victorias francesas, Alburquerque remitió a un emisario a Sevilla, el coronel Alava, para que se entrevistara con los miembros de la Junta Central y recibiera órdenes. Cuando aquél volvió de su misión, le informó de que la Junta Central había abandonado Sevilla y que allí reinaba el más absoluto desorden, puesto que incluso se había constituido otra junta ilegítima que pretendía gobernar España.

El ejército de Extremadura, integrado en ese momento por 9.000 soldados de infantería, 1.000 jinetes y 20 cañones se trasladó el día 26 a Carmona, enviando desde allí fuerzas de caballería a las poblaciones de Marchena, Fuentes de Andalucía y Écija. En esta última, las fuerzas españolas se toparon con la caballería francesa y hubieron de retirarse.

En efecto, las tropas de Victor estaban ya muy cerca de las unidades de Alburquerque y lograron ocupar Écija y Carmona en los dos días siguientes. En correspondencia, las tropas del rey José obtenían grandes éxitos en el otro sector del ataque sobre Andalucía. Buena muestra de lo anterior es que el 28 de enero el cuerpo de Sebastiani tomó Granada.

La situación de Miguel de Santillana y sus agotados compañeros del ejército de Extremadura cada vez era más difícil. Agotados por sus continuas marchas, no podían enfrentarse a las fuerzas francesas por su gran inferioridad numérica, ni recibir ayuda de tropas amigas, porque no existían. Tampoco podían huir de aquella conflictiva zona dado que Sevilla y Cádiz eran esenciales para el mantenimiento de la lucha por la independencia española. En este contexto, Alburquerque llegó al convencimiento de que Sevilla era indefendible y tomó la decisión de proteger Cádiz. Para ello, volvió a ordenar a su ejército un último y desesperado sacrificio: había que iniciar otra vez la marcha hacia el sur; la caballería y la artillería por el camino real y la infantería por las Cabezas de San Juan y Lebrija.

Ante la proximidad de los enemigos, Alburquerque incrementó la velocidad de la marcha y en dos jornadas avanzaron la distancia de 74 kilómetros que separa Utrera y Jerez, llegando a esta última ciudad el último día del mes de enero. Durante esas etapas se acortaron los tiempos de descanso y se incrementó enormemente el esfuerzo de unos soldados que llevaban ya dos semanas de duras caminatas.

Los miembros de la Junta Central que escaparon de Sevilla lograron reunirse en la Isla de León. Allí, tomaron la decisión de disolver la Junta y constituir una Regencia que debería asumir el poder supremo en España. Este órgano estaba compuesta por cinco regentes: el obispo de Orense, el general Castaños, el teniente general Escaño, el consejero de estado Francisco Saavedra y Esteban Fernández de León. En aquellos primeros días el nuevo órgano hubo de competir con la Junta de Gobierno y Defensa de Cádiz, que también se arrogaba la máxima autoridad. Afortunadamente, Richard Wellesley, hermano de Lord Wellington y embajador de Inglaterra en España, consiguió convencer a la junta gaditana para que aceptara la supremacía de la regencia, aunque ambas coexistieron y rivalizaron durante algún tiempo.

Tal como era de prever, Sevilla se rindió el 1 de febrero y el mariscal Victor avanzó a marchas forzadas sobre Cádiz para ocuparla antes de que fuese socorrida por Alburquerque.

En los cuatro días siguientes el ejército de Extremadura emprendió una mortal carrera con Victor que tenía la meta en la bahía gaditana. Los extenuados hombres y caballos de Alburquerque continuaron la marcha por Puerto Real, debiéndose emplear a fondo la caballería española contra los jinetes franceses que habían cruzado el Guadalete y que querían impedir la agónica retirada<sup>3</sup>.

Por fin, las fuerzas españolas llegaron a la Isla de León el 4 de febrero y cruzaron el caño de Santi Petri por el puente Suazo. Adolfo de Castro describió la entrada de estas tropas en Cádiz afirmando que sus uniformes estaban destrozados, muchos de los soldados sin zapatos como consecuencia de las marchas, los rostros demacrados por el padecimiento y el hambre. Algunos soldados se tumbaron en las calles sin esperar que les asignasen cuartel donde descansar. Incluso los caballos, atados por grupos en la Alameda del Perejil, hicieron desaparecer todos los árboles jóvenes de aquellos jardines. En todo caso, la agradecida población gaditana agasajó y vitoreó a los soldados, abriéndose colectas en su favor, suministrándoseles uniformes y alimentos.

Un día más tarde, el mariscal Victor llegó ante Cádiz y las tropas de Sebastiani sofocaron la última resistencia de Málaga. Los gaditanos observaron desde sus azoteas la llegada de los franceses: a las once de la mañana apareció una gran polvareda y luego se vislumbró el reflejo de los rayos del sol en las capas blancas y cascos de los dragones franceses<sup>4</sup>.

Aunque Cádiz contaba con sólidas fortificaciones, una poderosa artillería y el apoyo de las flotas española e inglesa que anclaban en su bahía, la retirada de Alburquerque fue de gran trascendencia porque su ejército reforzó poderosamente la defensa de la ciudad, garantizando que no caería en poder de los franceses la que iba a ser sede del gobierno, de las Cortes y capital de España durante varios años.

El duque de Alburquerque fue nombrado por la Regencia capitán general del ejército y costa de Andalucía, en sustitución del general Castaños que, como hemos visto, pasó a ser Regente<sup>5</sup>.

Tras intimar a la rendición, el mariscal Victor atacó Cádiz el 9 de febrero en la zona del destruido puente Suazo, pero la línea artillera española de defensa resistió el asalto e, incluso, hizo retroceder al enemigo.

En los días siguientes a su llegada a Cádiz, Miguel de Santillana conoció a María de los Dolores Canepa<sup>6</sup>. Esta joven gaditana tenía en ese momento 23 años de edad y era hija de Juan Bautista Canepa, comerciante, factor y comisario del barrio de San Lorenzo de Cádiz, y

---

<sup>3</sup> La Guerra de la Independencia. Servicio Histórico Militar. Juan Priego López. Campaña de 1810. Madrid. 1981.

<sup>4</sup> El Cádiz de las Cortes. Ramón Solís. Editorial Silex. Madrid. 1987.

<sup>5</sup> El Cádiz de las Cortes. Ramón Solís. Editorial Silex. Madrid. 1987.

<sup>6</sup> Abuela sexta.

María del Pilar García de Amaya<sup>7</sup>. El flechazo debió ser fulminante porque el 9 de marzo de ese mismo año el comandante Santillana solicitó del ministro de la Guerra la licencia para contraer matrimonio. En aquel tiempo, los militares debían pedir permiso antes de casarse y, en el caso de los oficiales, debía acreditarse la nobleza de las novias a través de un expediente.

En este caso el expediente fue sencillo porque María de los Dolores Canepa era hermana de un oficial del ejército español que se encontraba encuadrado en la guarnición que defendía Cádiz. En todo caso, pertenecía a una familia genovesa de comerciantes, apellidada originalmente Canneva, que residía en Cádiz desde el siglo XVII y que descendía de los condes de Fieschi. Estas circunstancias quedaron acreditadas mediante un expediente de nobleza que se había seguido en 1808 ante la escribanía de Pedro Montes y que fue legalizado por Andrés Ghenandi, cónsul de Génova.

Obtenidos los permisos correspondientes, la ceremonia se celebró el 13 de abril de 1810 en Cádiz<sup>8</sup>. Es decir que entre la fecha en la que se conocieron Miguel y María de los Dolores y el día de su matrimonio no transcurrieron más de dos meses. Quizá las circunstancias de la guerra y el ambiente patriótico que se vivía en Cádiz aceleraron esta apasionado unión.

Si bien es cierto que el noviazgo fue extremadamente corto, el matrimonio alcanzó una extensión poco habitual al persistir durante casi 57 años, hasta el fallecimiento de María de los Dolores, que tuvo lugar el 31 de enero de 1867. Fruto de esta unión nacieron cinco niñas, las dos primeras en Cádiz en los años de la Guerra de la Independencia.

La primera hija, que desgraciadamente falleció en la infancia, recibió el nombre de María de la Paz posiblemente por el anhelo que tenían sus padres de que concluyera aquel largo y sangriento conflicto.

Por su participación en la retirada sobre Cádiz del ejército de Extremadura, Miguel de Santillana fue declarado benemérito a la Patria por las Cortes gaditanas. Un siglo después -1910- su nieta Isabel Giménez de Santillana<sup>9</sup> recibió la condecoración otorgada a los descendientes de los oficiales que participaron en la retirada del ejército del duque de Alburquerque. Esta condecoración fue encontrada en un cajón de un mueble por un tataranieta de Isabel Jiménez de Santillana en 1984. En ese momento, ya nadie recordaba a Miguel de Santillana ni su gesta en el ejército del duque de Alburquerque.

---

<sup>7</sup> Abuelos séptimos.

<sup>8</sup> Testamento de Miguel de Santillana. Archivo Histórico de Protocolos. Madrid. Tomo 27.819. Folios 1192-1198.

<sup>9</sup> Abuela cuarta.